

## CAPÍTULO 3

### Georges Clemenceau en la Buenos Aires de 1910

Paula Bruno\*



PROGRAMA  
INTERUNIVERSITARIO  
de  
HISTORIA POLÍTICA

#### Introducción

Georges Clemenceau (1841-1929) embarcó en Génova, a bordo del *Regina Elena*, el 30 de junio y llegó al puerto de Buenos Aires el 17 de julio de 1910. Frecuentemente se menciona su visita como un evento destacado del año del Centenario. Al llegar a la ciudad, el visitante, proveniente de una familia republicana y médico de profesión, había ocupado cargos destacados en la política francesa: alcalde de Montmartre, primero, diputado de la Asamblea Nacional, después, había abogado por la separación de la Iglesia y el Estado y se había opuesto a la expansión colonial de Francia. Su nombre resonó en el contexto del affaire Dreyfus, en tanto redactor de *L'Aurore*, y se le atribuye la autoría del título del "J'accuse" de Émile Zola. Ocupó los cargos de senador, ministro del interior y llegó a ser presidente del Consejo de Ministros. Al ejercer esta última responsabilidad, su vínculo con las tendencias socialistas se puso en duda y sus decisiones lo convirtieron en un personaje cuestionado –por hechos como la represión de movilizaciones obreras y la reforma y endurecimiento del sistema de policía–. En este contexto, varias figuras anteriormente cercanas o afines a sus ideas políticas, como Jean Jaurès, rompieron relaciones con él. Puesta en duda su reputación por estos hechos y otros asuntos de política interna francesa, dimitió de su cargo en 1909 y se dedicó a dirigir dos periódicos, *Le journal du Var* y *L'homme libre*. Su carrera política se relanzaría recién con el estallido de la Primera Guerra Mundial (Duroselle, 1988).

\*Agradezco los comentarios de Leandro Losada a este capítulo.

Los motivos del viaje de Clemenceau que aparecen en las fuentes son varios, aunque no se excluyen entre sí. Por un lado, se señala que un tanto hastiado de su vida en Francia, y contando con un espíritu constitutivamente curioso, manifestaba su voluntad de explorar América del Sur para descubrir su “exotismo” (Duroselle, 1988: 554). Se apunta también que necesitaba ingresos extraordinarios para costear una propiedad que había adquirido en Bernouville, en 1908 (Chaussinand-Nogaret, 1991: 335; Duroselle, 1988: 554-555). De este modo, al ver que Anatole France había conseguido un estipendio considerable en su visita a Buenos Aires, consideró la oferta de un empresario privado para hacer una gira de conferencias.

Más allá de la jerarquía de estas motivaciones, Clemenceau no representó formalmente a Francia en los festejos oficiales del Centenario. Los delegados franceses que habían llegado a Buenos Aires eran profesores y autoridades de universidades o instituciones científicas francesas. También había sido invitado, como embajador extraordinario de Francia, Pierre Baudin (Pelosi, 1999: 107-108).

La visita de Clemenceau fue cubierta en los medios de prensa con interés, aunque el tratamiento de su estadía no fue diferente al de otros visitantes. Se destaca la aparición de una breve sección en *El Diario* publicada durante su estancia y titulada “La journée de M. Clemenceau”. Se multiplicó también la publicación de fragmentos de textos o discursos del estadista, proliferaron las caricaturas, y ganó un espacio la cobertura de las conferencias que dictó en el Teatro Odeón.

## **Expectativas**

Como otras visitas, la de Clemenceau contó con una etapa previa signada por expectativas. Varios periódicos y revistas se encargaron de presentar semblanzas de su figura y se concretaron esfuerzos por entrevistarlo. Se esperaba saber qué esperaba encontrar en la Argentina. En varios perfiles se lo mostraba como un hombre maduro políticamente y se subrayaban los hitos que habían forjado su carácter: su partida desde Mouillerón, –su pueblo natal– a París, la adhesión a los “movimientos revolucionarios” en la década de 1860, la detención por las policía imperial y su apresamiento de dos meses, la obtención del título de medicina en 1865 y la decisión de viajar por América del Norte como un bohemio. En particular, el tramo de

la biografía de Clemenceau en Estados Unidos asumía sesgos heróicos: aprendió el idioma para sobrevivir, se convirtió en profesor de literatura francesa en un colegio de Stanford, se casó con una de sus alumnas y formó una familia. De regreso en París, y tras los acontecimientos de la guerra franco-prusiana, su elección como alcalde de Montmartre y como diputado de la Asamblea Nacional en 1871 coronaban una trayectoria ascendente. Se mencionaba también su participación en el affaire Dreyfus y la declinación parcial de su vida política hacia 1909.

En la prensa quedaba esbozada la idea de que, con 69 años, su carrera comenzaba a llegar a su ocaso. Pero, igualmente, se trataba de un gran estadista francés que debía ser respetado (*Caras y Caretas* –en adelante *CyC*–, 19 de marzo de 1910; *La Nación* –en adelante *LN*–, 12 de mayo de 1910). De hecho, *La Nación* proponía recibir a Clemenceau mostrando una serie de virtudes nacionales: “al hombre de esfuerzo viril, al gran luchador, debemos un homenaje, en este año destinado a la celebración del más viril esfuerzo y de los más grandes luchadores argentinos” (*LN*, 12 de mayo de 1910).

Quizá por encontrarse en un momento de retiro parcial de su carrera política, o por su propio temperamento, Clemenceau aparecía retratado como alguien retirado a su fuero íntimo. Pese a su propia trayectoria como hombre de prensa, su relación con los periodistas, además, no era buena. Un entrevistador anotaba: “hastiado un poco de la celebridad ya no tiene qué esperar de los periódicos. Rehúye las amistades. No concede entrevistas” (*CyC*, 19 de marzo de 1910: 82). De este modo, el recurso del reportaje se veía limitado. De las escasas declaraciones que pudieron obtenerse antes de su viaje, se destaca:

Hace mucho que tenía intención de visitar la América del Sud. Sobre todo, Buenos Aires me sedujo siempre por el extraño soplo moderno que viene desde allá. Imagínese usted que uno piensa en una América que hace doscientos años estaba poblada de indios, y que de pronto, en menos tiempo del que se necesita en París para cambiar la faz de un boulevard, nos llega la noticia de que América tiene ciudades maravillosas. Ciudades parisienses como Buenos Aires, cuya estadística no sólo asombra por su progreso, sino que también asusta. (*CyC*, 19 de marzo de 1910: 83)

Además de estas referencias, Juan Pablo Echagüe cuenta que habría tentado a Clemenceau de visitar Buenos Aires, al describirle la

ciudad como una urbe floreciente y atenta a las novedades francesas. Siempre según Echagüe, sus comentarios habrían despertado, así, el interés del político francés por la vida intelectual argentina. (Echagüe, 1935: 125-126). En suma, como señalaba en una de las pocas entrevistas concedidas, consideraba que “la mejor manera de conocer a fondo el alma de un pueblo, es visitarlo” (CyC, 19 de marzo de 1910: 83).

## Llegada a Buenos Aires

La invitación a Clemenceau no fue cursada por autoridades nacionales, personalidades de los circuitos universitarios, ni figuras intelectuales de talla. Fue, en cambio, el empresario teatral Faustino Da Rosa –un cantante lírico de origen portugués afincado en Argentina– quien lo sedujo para que realizara una “tournée de conférences”. Clemenceau, según comentó un entrevistador, tenía la intención de visitar Buenos Aires en el contexto de mayo de 1910 y Da Rosa consideró traerlo durante la primera mitad del año; pero finalmente, al último le pareció más prudente tomar distancia de ese mayo que sería un mes de agitada agenda celebratoria.

En la guía programa de los festejos oficiales del Centenario, de todas formas, se anunciaba ya la llegada de Clemenceau. Allí se lee un aviso de la programación del Teatro Odeón. Se destaca la participación de figuras como Gustavo Salvini (cantante lírico italiano), María Guerrero Díaz de Mendoza (actriz dramática española), Albert Brasseur (comediante y cantante de ópera francés), Marthe Regnier (actriz francesa), Abel Tarride (actor y dramaturgo francés), Kubelick (violinista nacido en la actual República Checa) y de otros cantantes líricos, actores, operetas y conciertos. Al pie de la página se lee: “en el mes de julio dará seis conferencias en este teatro el ilustre estadista francés Mr. GEORGES CLEMENCEAU” (*Guía-Programa*, 1910: 174). Las conferencias, en suma, aparecían, literalmente, compartiendo cartel con espectáculos teatrales. En el mismo sentido, se anunciaba en los periódicos que ya podía adquirirse el abono en la administración del teatro para escucharlo. En letras de molde mayúsculas se lee: “Georges Clemenceau. Seis Conferencias del Ilustre Estadista” en el Teatro Odeón (*El Diario* –en adelante *ED*–, 15 y 16 de julio de 1910).

Joaquín de Vedia señala que le comentó a Clemenceau en Montevideo que sus conferencias estaban anunciadas en Buenos Aires

en un cartel del Teatro Odeón como parte de una temporada teatral. Clemenceau se ofuscó y respondió que llegaba a la ciudad en las mismas condiciones que su amigo Anatole France; se refería a dictar conferencias de interés para la vida intelectual (De Vedia, 1994 [1922]: 85). Quizá para Clemenceau resultaba ofensivo que lo parangonen con una estrella. Sin embargo, puede que para un empresario como Faustino Da Rosa el tour de conferencias tuviera el mismo peso que una puesta en escena musical. Su nombre aparece vinculado con las contrataciones para conferenciar en el Odeón y en el Nacional de Anatole France, Ramón del Valle Inclán, Enrico Ferri, Guillermo Ferrero, Vicente Blasco Ibañez y otras (De Fagoaga, 1971: 100). Años más tarde, por su parte, Da Rosa contrató a Leopoldo Lugones para dar sus famosas conferencias de 1913. De este modo, pese a la sorpresa de Clemenceau por la “espectacularización” de su performance, puede que este empresario haya captado una demanda y un mercado de este tipo de evento teatralizado.

Se abren aquí interrogantes difíciles de responder respecto de qué personas engrosarían ese público. Las autoridades políticas, al menos en primera instancia, no se mostraron interesadas en la visita. De hecho, no se preparó una comisión oficial de recepción. Ante esta ausencia de interés, un cronista se escandalizaba porque el gobierno nacional no estaba a la altura de “uno de los más ilustres hombres públicos de Europa [...] el gran hombre de gobierno de Francia, el estadista de alta talla, el hombre que en su país ha ocupado los más altos cargos públicos” (*ED*, 14 de julio de 1910). Ante la falta de iniciativa gubernamental, una suerte de farsa rodeó la llegada del visitante. Los principales anfitriones de Clemenceau fueron miembros de la comunidad francesa e interesados que lograron contrabalancear la “descortesía oficial”. La presencia de estas personas había generado la ilusión a Clemenceau de que llegaba a una “ciudad culta” que seguía “con interés el movimiento intelectual del mundo” (*ED*, 17 de julio de 1910). Por su parte, el visitante recuerda haber sido recibido por la comunidad francesa y los periodistas. Sobre el primer grupo recordaría: “se cruzan miles de preguntas. Se cambian amistosas palabras que hasta toman la forma de un discurso, en el que se dedica un recuerdo a la patria”. Y sobre la presencia de los reporteros destacaría: “invasión de periodistas. Inútil es decir que *La Prensa*, *La Nación*, *El Diario* tienen que decir algo” (Clemenceau, 1986 [1911c]: 26). Sus compatriotas franceses se convirtieron en el séquito permanente del visitante. Se cubrían prácticamente todos

los almuerzos de Clemenceau en el Sportman con figuras como el director del Banco Francés, el presidente de la Cámara de Comercio Francesa, y otros.

Aunque encantado con sus connacionales, el malestar de Clemenceau frente a los periodistas era evidente. La prensa compartía un diagnóstico: “la viva expectativa mantenida por los representantes de la prensa quedó, por así decirlo, defraudada, pues Clemenceau observaba en este punto una actitud inexorable dentro de las formas de gentilísima deferencia con que acoge los múltiples saludos, invariablemente ceñido a estricta reserva de palabras” (*ED*, 18 de julio de 1910). Según se reitera, Clemenceau había declarado que hasta que no recogiera sus impresiones “directas y personales”, no expresaría su punto de vista. Por su parte, había dejado claro, desde Montevideo, que no se expresaría en la prensa local sobre el affaire Rochette –un escándalo financiero de repercusión internacional–; declaró: “yo hago política francesa en Francia, y nada más. No será aquí donde cambie mis costumbres” (citado en De Vedia, 1994 [1922]: 86 y 89). Quizá al visitante le resultaba molesto el asedio constante de la prensa. Estos hechos parecían anunciar que Clemenceau no sería una persona accesible durante su visita.

Entre el 17 de julio y el comienzo de las conferencias, Clemenceau visitó escuelas, hospitales, establecimientos ganaderos, el Jockey Club, el Banco Francés, los paseos de Recoleta y Palermo, el Teatro Colón, el Teatro Odeón, la Penitenciaría de Palermo, el Jardín Zoológico y el Parque Botánico. Atendió entrevistas en el Palace Hotel, donde se alojó, y estableció varias relaciones. Aceptó invitaciones y concurrió a agasajos. Ya instalado, el senado lo invitó a un banquete en su honor. En estos días, además, se acercó al anfiteatro de la Facultad de Filosofía y Letras para escuchar a un profesor de la Universidad de París, Ernest Martinenche. A su vez, concurrió al Teatro Odeón, donde daría sus propias conferencias. Pasó tiempo con el ministro argentino en Francia, Ernesto Bosch, Antonio Piñero, Román Le Breton, Carlos Rodríguez Larreta, Juan Agustín García, Paul Groussac y otros. Un cronista resumía las agitadas jornadas:

El señor Clemenceau se ha aplicado activamente a aprovechar estos primeros días de estadía en esta capital [...] antes de sustraerse, desde el lunes, a esa breve vacación acordada a su espíritu y a sus actividades laboriosas. (*ED*, 22 de julio de 1910)

De todas formas, en el marco de la apretada agenda de las conferencias, Clemenceau continuó con otras postas clásicas de las visitas: recorrió estancias, concurrió a banquetes, caminó por Buenos Aires. Se organizaron, además, reuniones para que conociera al presidente José Figueroa Alcorta y a sus ministros. El visitante parecía incansable. A pocos días de su llegada, los periódicos ya habían notado su alto grado de actividad: bebía poco, se acostaba temprano, se levantaba a estudiar a las cuatro de la mañana; se lee en una columna: “la severidad inexorable de tal régimen es la que ha permitido tan extraordinario despliegue de energías físicas y mentales en un hombre tan a justo título calificado como eminente” (*ED*, 18 de julio de 1910). Mientras tanto, los periodistas y destacados miembros de la comunidad francesa se encargaban de rodearlo en cada uno de sus pasos; el interés relativo de ciertas figuras políticas por el visitante, en cambio, se acrecentó levemente en el transcurso de la visita.

## Conferencias en el Teatro Odeón

Clemenceau contaba con 69 años al llegar a Buenos Aires y se encontraba en una especie de hiato en su carrera pública, como se mencionó anteriormente (Daudet, 1940; Duroselle, 1988; Minart, 2005). Pese a ello, en la ciudad se esperaba que sus conferencias asumieran un gran despliegue de erudición y experiencia. De hecho, su trayectoria era referida por los periódicos en términos de altas expectativas. Se destacaba su contribución a las letras, la participación constante en el periodismo, y su rol “en las discusión inmediata y personal de todas las cuestiones de capital trascendencia debatidas en Francia desde el año 61 hasta la fecha” (*ED*, 18 de julio de 1910).

En los primeros días de su estadía porteña, las notas que se publicaban resaltaban aún su pasado –luchador, literato, hombre de mundo–, y no se referían todavía a la visita en sí. Sin embargo, comenzaba a generarse un interés expectante respecto de cómo resultaría el Clemenceau conferenciante. Cuando se cubrió el evento del senado, por ejemplo, se señaló que el visitante improvisó unas palabras que: “dejan presumir lo que serán sus conferencias, cuando hable al mundo, respondiendo no a un sentimiento afectuoso, sino expresando lo que piensa, lo que siente, lo que concibe” (*ED*, 20 de julio de 1910).

Con el correr de los días, se acrecentaba la “verdadera ansiedad por oír al eminente ciudadano en un escenario más vasto, abierto al público en general” (*ED*, 21 de julio de 1910). Y las crónicas en este sentido se replicaban: “acercándose el día en que iniciará el señor Clemenceau, ante su auditorio de Buenos Aires, la labor intelectual que se propone desarrollar satisfaciendo la viva expectativa desperdada por su presencia entre nosotros, el ilustre huésped” (*ED*, 22 de julio de 1910).

El 26 de julio comenzó el esperado ciclo de conferencias. Las columnas de los diarios daban cuenta, por un lado, de las impresiones del propio disertante. Clemenceau había declarado: “la tan favorable disposición que he logrado, de entrada, en mi auditorio es garantía del éxito que quiero perseguir con mi labor intelectual a mi paso en Buenos Aires. Voy ahora a entrar de lleno en el tema propuesto y desarrollar mis propias ideas” (*ED*, 27 de julio de 1910). Por otro lado, los periódicos revelaban qué imagen había proyectado Clemenceau en su auditorio. Un periodista presente manifestaba dudas respecto del compromiso intelectual que el disertante había puesto al servicio de sus oyentes. Destacaba que le había generado desconfianza que comenzara con “cosas amables”; cita entre ellas la siguiente: “cuando yo era joven se hablaba corrientemente de «coup de foudre» en amor. Yo puedo decir que ya viejo, he venido a conocer en la Argentina «le coup de foudre» en amistad” (De Vedia, 1994 [1922]: 89). El cronista señalaba que la fraseología galante y el nivel de generalización de la charla no le generaban buenas expectativas. En un sentido complementario, Paul Groussac, que ofició de cronista de la primera conferencia para *La Nación*, señaló:

Es muy probable que reducido a una reseña metódica y leído con pausa, el fresco decorativo que el orador improvisó antenoche con valentía y gracia resultara tan lánguido como, por ejemplo, tal o cual comentario episódico de *Pantagruel*. Interpretadas por Clemenceau, las aventuras abstractas de la democracia cobraban vida y colorido de conflictos personales. (*LN*, 28 de julio de 1910)

Por otra parte, se manifestaron voces que desmentían el rumor sobre la poca relevancia de lo que Clemenceau tenía para ofrecer. Se destacaba en una columna: “se equivocaron los que esperaban encontrar ayer, en la oratoria del gran tribuno que fue dado escuchar en el Odeón, la fraseología empenachada y efectista [...] Hemos



oído la palabra serena, ática, profunda y elegante de un ateniense del tiempo de ese mismo Pericles que él evocara en frase tersa y luminosa; no la de un inflado declamador” (*ED*, 26 de julio de 1910). Puede que el entero abanico de observaciones se debiera a que la conferencia versó sobre el rastreo muy general de la idea de democracia “entre los hombres a través de los siglos y de las generaciones, remontándose hasta la antigüedad más remota para descender luego por etapas sucesivas hasta la revolución francesa” (*ED*, 26 de julio de 1910). De hecho, Groussac se refería al registro del orador como el de una “charla mundana, salpicada de rasgos irónicos y chistes de buen gusto” (*LN*, 28 de julio de 1910).

El balance de la primera disertación resultaba ambiguo. Mientras tanto, otras dudas se abrían sobre las conferencias por venir. Clemenceau le había sugerido a un periodista que había recibido sugerencias respecto de los temas sobre los que pronunciarse. Desafiante, dijo ante su auditorio: “se me ha aconsejado, señores, que no os hable de este o aquel asunto. ¡Y bien! Estad tranquilos ¡De ellos precisamente os hablaré! (*ED*, 27 de julio de 1910)”. Estas afirmaciones se publicaron el mismo día que Figueroa Alcorta recibió a Clemenceau en audiencia privada (*LN*, 27 de julio de 1910). La coincidencia temporal de una declaración como la del visitante con la entrevista presidencial no parece haber sido afortunada, a juzgar por cierto desinterés oficial posterior a esta afirmación.

Más allá de los juicios sobre el conferenciante, se publicaron en la prensa testimonios sobre las reacciones del público frente al orador, que develan un entusiasmo significativo: los oyentes no dudaban en vitorear al tribuno, aclamarlo, aplaudirlo y darle muestras de emoción. De hecho, parte del auditorio lo escoltó luego de su primera charla hasta su alojamiento (*LN*, 28 de julio de 1910). Un cronista destacaba cierta sensibilidad de Clemenceau por estas manifestaciones:

Hombre de acción, tuvo que serle particularmente grata esta demostración en un pueblo que no es de su lengua, tan distante al suyo y ajeno por tanto a las agitaciones que de primera intención conmovió las fibras del sentimiento solidario. (*ED*, 27 de julio de 1910)

De este modo, mientras que los periódicos se referían a las conferencias de Clemenceau estrictamente como “veladas intelectuales” —pero aún sin espesor destacable—, las manifestaciones de afecto se

ampliaban en el vestíbulo del teatro, en las calles, en las plateas y los palcos del Odeón. Las conferencias asumían rasgos de teatralidad que la prensa no dudaba en retratar. El teatro se ocupaba horas antes de la conferencia y se esperaba con ansias que se levantara el telón. En la sesión inaugural, presentada por Osvaldo Magnasco, Clemenceau aparecía en el escenario rodeado de un grupo de senadores, diputados, periodistas y hombres de letras. Se había dispuesto una mesa con un sillón para que se acomodara y disertara. Sin embargo, el conferencista se había negado a hablar sentado. Según un cronista, había dicho categóricamente: “de ninguna manera...yo no hablo sentado, ni frente a mesa alguna; sino de pie, dejando la mesa detrás de mí. Me dirijo a mi auditorio accionando y haciendo gimnasia: acostumbro a caminar, aprovechando el uso de la palabra para hacer ejercicio con brazos y piernas” (*ED*, 27 de julio de 1910).

Las conferencias que dictó mostraron que esa era, en efecto, su forma de teatralizar su performance: no se sentaba, no reposaba sobre ninguna mesa ni sillón, y hablaba de manera pausada y determinada. Los periódicos comenzaron a ver en esta gestualidad, en su esfuerzo oratorio, en el hecho de que no bebiera agua ni demostrara fatiga durante las disertaciones, signos de heroísmo oratorio y de actitud vigorosa.

Las seis conferencias pautadas tuvieron lugar en las siguientes fechas: 26 de julio –sobre la democracia en general–; 29 de julio –sobre la democracia y el parlamento–; 2 de agosto –sobre el parlamentarismo–; el 6 de agosto –originalmente prevista para el 4, pero suspendida por un malestar del orador; sobre la democracia en el gobierno–; 9 de agosto –sobre la democracia y la cuestión social–; 12 de agosto –conclusiones generales–. A este programa se agregó una conferencia extraordinaria. Clemenceau quería que tuviera horario nocturno; pero hubo varios problemas para programarla –una compañía teatral actuaba en el sala por las noches–. Finalmente, tuvo lugar el 17 de agosto y versó sobre la democracia y la religión. Se señalaba en los periódicos que la misma tuvo un “éxito decisivo” (*LN* y *ED*, 18 de agosto de 1910).

A lo largo del ciclo, los periódicos tomaron distancia de los diagnósticos dubitativos de la conferencia inaugural. Se pasó de evaluar a Clemenceau por el peso de su historia como hombre político a opinar, en sí, sobre su despliegue en Buenos Aires. Por ejemplo, luego de su conferencia inaugural, se comentaba: “de vez en cuando, el tribuno formidable que derribó tanto ministerio, el terrible polemista

que lo mismo se batió con Gambetta en el terreno, que con Waldeck-Rousseau en la tribuna, aparecen en el anciano de aspecto felino” (*ED*, 27 de julio de 1910); apenas días después, ya no se enumeraban las glorias pasadas y se trazaba el perfil un brillante “debutante”:

Es oportuno recordar que al público de Buenos Aires ha sido dado asistir en realidad a la iniciación del señor Clemenceau como conferencista. Bien es cierto que el eminente político francés es un veterano de la oratoria [...] pero Clemenceau jamás salió del terreno político y, durante su larga actuación, nunca congregó auditorio planteando un tema determinado sobre el tono de conferencia [...] Clemenceau, puede repetirse, ha debutado pues como conferencista ante el público de Buenos Aires, y en verdad que ha sabido familiarizarse con el género desde su mismo debut. (*ED*, 2 de agosto de 1910)

La fórmula que se encontró para conciliar el carácter “novato” del conferencista se sintetizaba en la idea de que “el orador del Odeón” había devenido “maestro desde el debut” (*ED*, 2 de agosto de 1910).

Mientras la mirada sobre Clemenceau cambió en la prensa, parece haberse moderado el comportamiento de su auditorio. Si luego de la primera fecha se hacía referencia a ese público bullicioso y entusiasta dispuesto a seguirlo en procesión hasta el Palace Hotel, las referencias al mismo se endurecieron y las conferencias parecen haberse solemnizado. Con motivo de la tercera conferencia, se solicitaba que la audiencia fuera puntual:

Corresponde señalar la necesidad de que el público observe más escrupulosa puntualidad en su concurrencia a un recinto de conferencia [...] La demora del auditorio y en entrar a la sala y ocupar sus asientos lo obliga a una nerviosa espera, exigencia poco correcta impuesta al ilustre conferencista [...] la llegada de retardarios mortifica al conferencista y molesta a los oyentes, reunidos puntualmente. (*ED*, 3 de agosto de 1910)

Puede que Clemenceau haya manifestado desagrado ante las manifestaciones de entusiasmo desmedidas. Pero, simultáneamente, se mostraba ansioso por saber si la sala del Odeón se colmaría y, antes de entrar en escena, espiaba entre los cortinados para ver si los abonados concurrían. Esta actitud ambivalente frente a su auditorio

se reforzaba con el correr de los días. Por un lado, el visitante no dejaba de mostrar hostilidad ante los periodistas y los interesados en su persona. Joaquín De Vedia, designado por *La Nación* para cubrir la visita, narra que solo había recibido de Clemenceau formulismos y evasivas como respuesta. Años más tarde, el periodista Juan José Soiza Reilly –que lo había entrevistado en París meses antes de su visita–, publicaba una nota sobre los desafíos de entrevistar a Clemenceau y hacía de su crónica un tratado del periodismo moderno (De Vedia, 1994 [1922]; Soiza Reilly, 1929). En sintonía con estas actitudes distantes, el visitante se negaba a las demandas de personas que le solicitaban autógrafos o querían conversar con él en su hotel o en la calle. Recogía álbumes de damas con la promesa de escribirles un pensamiento y, en general, no cumplía. Se destaca en los periódicos que Clemenceau mostraba una “invencible aversión” por “los coleccionistas de postales y autógrafos”, que parecían estar al acecho constantemente (*ED*, 18 de agosto de 1910). Solo se destacaba una excepción: le dio un autógrafo al barítono Titta Ruffo en su álbum porque una interpretación suya en el Teatro Colón le había resultado admirable (*ED*, 8 de agosto de 1910).

Paradójicamente, pese a la distancia impuesta por Clemenceau a su público, distintas muestras de afecto fueron acercadas a su hotel. De hecho, conformó lo que él mismo llamó un “musée argentin” con piezas de correspondencia y objetos variopintos. Este museo de regalos contenía desde la partitura de una marcha militar con su nombre que le había compuesto un desconocido, hasta “una colección de mates, en cuya cubierta exterior sus donantes se han empeñado en esmerados grabados trazando elogiosas dedicatorias, caracteres y arabescos de variado estilo” (*ED*, 8 y 9 de agosto de 1910). Contaba también con monedas y medallas, y hasta un cuatí misionero domesticado, que le cuidó durante su estadía el director del Jardín Zoológico, Clemente Onelli. Los objetos eran organizados y catalogados por el secretario de Clemenceau, Camille Cerf, en una vitrina. El “museo de productos argentinos” que el visitante llevaría a Francia aumentaba a diario. Hacia el final de su estadía contaba con “pájaros de raro plumaje, frascos de dulce de leche y de coco de esmerada preparación, obras de dibujo y nuevas composiciones musicales con dedicatorias, encajes de ñanduty con el nombre de Clemenceau bordado”, pero también menús de restaurantes o salones en los que se le ofrecían demostraciones de adhesión y aprecio a Clemenceau (*ED*, 17 de agosto de 1910).

En suma, el “orador del Odeón”, como gustaba llamarlo *El Diario*, despertó distintas reacciones en sus oyentes e interesados en su visita. Además de la conferencia inaugural, que obtuvo una resonancia considerable por las demostraciones, sobresale la quinta conferencia, con fecha del 9 de agosto, que trató sobre la democracia y la cuestión social. Concurrieron al Odeón senadores, diputados, el edecán del presidente, el intendente de Buenos Aires –Manuel Güiraldes–, el jefe de la policía –Luis Dellepiane –, Enrico Ferri, Paul Groussac, Antonio Piñero, entre otros. En esta conferencia, Clemenceau expresó una mirada sobre la cuestión social y sus fundamentos, afín a la idea de la agitación social que sostenían entonces ciertas figuras políticas que “demonizaban” a los elementos extranjeros movilizadas. En este sentido, Clemenceau ha sido considerado una especie de crítico complaciente con las elites argentinas del Centenario (Lorenz, 1997; Herrera, 2009). Ciertamente, en sus escritos posteriores sobre el viaje Buenos Aires, trató de mostrar distancia respecto de las dinámicas asumidas por el socialismo en un momento de alta tensión entre el movimiento obrero y sus diferentes actores y las autoridades nacionales (Suriano, 2010).

Sin embargo, queda aquí una duda respecto del motivo de sus encuentros con Enrico Ferri, que suscitara interés en la prensa porteña y en la internacional. El 1 de agosto, Ferri visitó a Clemenceau en el Palace Hotel. Se lee en un periódico: “el encuentro del brillante orador italiano con el expresidente del consejo de ministros francés se realizó dentro de la más expresiva y franca cordialidad”. En el mismo periódico, las referencias al socialismo son esquivas, se utilizan fórmulas del siguiente tenor: “aludiendo a esa misma doctrina por la cual ha batallado Ferri en su patria, durante más de 20 años” (*ED*, 1 de agosto de 1910). El cronista destaca que Clemenceau había caracterizado al socialismo francés como “un desvío evidente, manteniendo una brega igualmente ardiente frente a condiciones de gobierno republicano y democrático que ofrecen el mejor ambiente a los ideales del credo”; había, además, elogiado el accionar de Ferri, dado que su performance era “el mejor argumento en favor de la tesis sostenida por el expresidente del consejo de ministros francés, dejando ver cómo un socialista, aun dentro de un régimen monárquico, puede sin violentar sus ideales de lucha y de doctrina y sin las dificultades insalvables que arguye el leader socialista francés, llegar hasta tomar directa participación del gobierno” (*ED*, 1 de agosto de 1910).

Un día después de este primer encuentro, Clemenceau asistió a la conferencia que dictó Ferri en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. A su vez, como se mencionó, Ferri fue a escuchar al Odeón a Clemenceau. Estas no serían las únicas veces que se encontraron en Buenos Aires. *La Vanguardia* de España cubrió varios encuentros entre las dos figuras. Destacaba en una de las ocasiones, que en un banquete de despedida a Clemenceau organizado por la comunidad francesa, luego de un discurso de Ferri: “Clemenceau ha dado a todos las gracias y ha insistido en la necesidad de estrechar cada vez más los amistosos lazos que existen entre Francia e Italia, expresando, además, el deseo de haber llevado con su palabra a la democracia argentina el sentir y las aspiraciones de la democracia europea” (*La Vanguardia*, Barcelona, 9 de septiembre de 1910). En suma, y a juzgar por estos testimonios, quizá más que un interés real de Clemenceau por conocer las dinámicas del movimiento obrero en Argentina, puede que estos encuentros con Ferri fueran tan solo entrevistas de ocasión entre dos visitantes europeos que coincidieron en Buenos Aires. Queda aquí abierto el interrogante sobre este punto.

Sobre el contenido de las conferencias en sí, por su parte, se realizaron diferentes balances. Mientras que uno de sus biógrafos señala que no tuvieron éxito por su contenido excesivamente teórico (Daudet, 1940: 174); otro destaca que al principio fracasaron, pero que, posteriormente, contaron con más audiencia y despertaron interés (Dougherty, 1983: 24). Otras voces, por su parte, se limitan a apuntar que las conferencias fueron dictadas solamente por motivos pecuniarios y que, por lo tanto, Clemenceau no mostró una gran dedicación a la preparación de sus temas (Minart, 2005: 175). Este hecho, según ciertas interpretaciones, no se distanciaba de una actitud general del político francés de improvisar todos sus discursos, más allá del auditorio (Duroselle, 1988: 560-561).

Ya cerrado el ciclo de disertaciones, y luego de la última conferencia fuera de programa, los periódicos se encargaban de proponer fórmulas que apuntaban que un hecho histórico para “la vida intelectual y social” había tenido lugar en Buenos Aires; se había concretado una “bella cruzada de apostolado democrático”. Los epítetos dedicados a Clemenceau durante su estadía –entre los más usados: “eminente estadista francés”, “ilustre huésped”, “el expresidente del consejo de ministros francés”, “ilustre viajero–, se acompañaban ahora con la definición del visitante como el hombre que condensaba

una época: “una de aquellas figuras que podrían considerarse ya definidas para la posteridad como elementos representativos de una época, de una idea y de una obra” (*ED*, 18 de agosto de 1910). Más allá de las fórmulas, quedaba por ver en los efectos de la visita en qué consistía, en todo caso, ese momento histórico.

## Repercusiones de la visita

El 12 de agosto de 1910 se cubrió en varios periódicos un altercado entre Clemenceau y un grupo de intérpretes teatrales que pretendían representar su pieza *Le voile de bonheur*. La compañía le solicitó permiso para hacerlo y lo invitó a presenciar los ensayos. Él se negó de manera rotunda. De todas formas, la troupe publicitó la obra y la interpretó. Este hecho generó furia en el visitante, a tal punto que hizo una denuncia por escrito en la que señalaba que se oponía “a estos proceder de piratería que desgraciadamente autoriza la falta de una ley que garantice en la República Argentina la propiedad literaria” (*ED*, 13 de agosto de 1910).

La falta de adhesión de la Argentina a las normas de derechos y propiedad intelectual posibilitaba que se realizaran traducciones, reproducciones y representaciones de todo tipo de obra sin pagar las retribuciones a los autores de las mismas (Bellido, 2009). En el mismo mes de agosto, se discutió en la Cámara de Diputados un proyecto de Ley de propiedad literaria y artística, presentado por los diputados Carlos Carlés y Manuel Carlés quienes sostenían que representaban gratamente “el encargo de amigos y maestros, célebres en ciencias, artes y respetos sociales” (*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 24 de agosto de 1910: 89-95). El proyecto fue aprobado y pasó a la Cámara de Senadores, donde fue Joaquín V. González, senador por La Rioja, quien prestó su voz a la hora de exponer el proyecto, argumentando que la Argentina había sido presionada por destacados intelectuales franceses a tener su propia ley de propiedad científica y literaria (*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 14 de septiembre de 1910). González declaraba:

En Europa, particularmente en Francia, se ha promovido últimamente un movimiento de instancia á la República Argentina respecto á la sanción de esta ley. Un comité, formado por los primeros intelectuales franceses, bajo la presidencia del célebre historiador y político Hanotaux,

ha hecho gestiones ante la legación argentina en París aduciendo razones de esas que difícilmente se postergan, á fin de que se dicte una ley que reconozca los derechos de los autores franceses. Esta instancia ha tenido aquí su repercusión con motivo de la visita de uno de los hombres más eminentes de Francia y de la Europa contemporánea, Monsieur Clemenceau. (*Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, 14 de septiembre de 1910: 612)

La ley 7.092, primera ley de propiedad intelectual de la Argentina, fue finalmente aprobada. El redactor de la misma fue Groussac, quien había trabado cierta amistad con Clemenceau y había recogido su inquietud al respecto (Gálvez, 1961: 122). En una carta desde Río de Janeiro, Clemenceau se refería a Groussac como “mi querido amigo” y acusaba recibo del texto, en español y francés, de la ley de propiedad literaria (Archivo General de la Nación, *Fondo Paul Groussac*, Legajo N° 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito del emisor).

Luego de los sucesos que giraron en torno a la ley de propiedad intelectual, Clemenceau partió hacia Tucumán. Fue hospedado por la familia Hileret y dictó una conferencia el 26 de agosto. Permaneció allí por cinco días y a su regreso se detuvo en Rosario —había recibido cartas de figuras de la comunidad francesa de Rosario que le solicitaban que se acercara para conocerlo—, donde dictó otra conferencia el 28 de agosto.

A su regreso a Buenos Aires, el 29 de agosto, un grupo de jóvenes le solicitó que hablara frente a ellos. Los diarios señalaban que se habían visto jóvenes en el Odeón, pero que Clemenceau no se había dirigido particularmente a ellos. Ante este pedido, Clemenceau se comprometió a dar dos o tres “causeries” de carácter histórico sobre la Revolución Francesa, la Comuna y el Consulado y el Imperio (*ED*, 30 de agosto de 1910). Hacia fines de agosto, partió hacia Montevideo, y posteriormente se dirigió a Río de Janeiro.

Se clausuraba con estas postas la visita de Clemenceau a Argentina, Uruguay y Brasil. Se abría el momento de las remembranzas y las impresiones. Durante su estadía en Buenos Aires, los periódicos se refieren a una “cartera de apuntes” en la que Clemenceau consignaba datos de su interés. Sin embargo, a juzgar por lo que sería posteriormente su relato de viaje, no tomó notas de lo observado *in situ*. Conocer lo que el visitante tenía para decir generaba interés, se lo consideraba una voz autorizada: “los numerosos viajes realizados



por el eminente político francés, después de haber recorrido las más diversas regiones de muchos países, lo habilitan indiscutiblemente para emitir siempre una observación precisa y acertada” (*ED*, 1 de agosto de 1910). Quizá el propio Clemenceau había generado esta expectativa, al declarar, durante los primeros días de su visita, que su intención era observar y conocer para, posteriormente, describir y opinar.

Pese a estas intenciones, las notas de Clemenceau sobre su viaje a América del Sur –como reza el título de su libro– vieron luz pública solamente cuando *L'illustration* se las solicitó para publicarlas. En carta fechada en París el 6 de enero de 1911, Clemenceau le comentaba a Groussac:

He aceptado el compromiso de escribir para *L'illustration* doce grandes artículos titulados “Notas de viaje en la Argentina y en el Brasil” [...] Ello habrá de ser una especie de charla sin pretensiones, a propósito de todo. Diré francamente lo que pienso, y no creo –salvo mis derechos de crítico– que esto pueda desagradarles a los argentinos. (Clemenceau a Groussac, carta transcripta en Echagüe, 1935: 141)

Los artículos se publicaron en *L'illustration* en los primeros meses de 1911 (algunos de ellos pueden verse en las siguientes ediciones de 1911: 28 de enero, 4 de febrero, 5 de febrero, 11 de febrero, 18 de marzo); el mismo año, con agregados considerables, formaron parte del libro publicado por Hachette: *Notes de voyage dans l'Amérique du sud: Argentine, Uruguay, Brésil* (Clemenceau, 1911a). El libro fue inmediatamente traducido al inglés, y también al español. La versión en inglés, publicada en Nueva York y Londres, por G. P. Puntmans's sons, se titula: *South America Today. A study of conditions, social, political and commercial in Argentina, Uruguay and Brazil* (Clemenceau, 1911b). La versión en español –traducida por Miguel Ruiz– fue publicada en 1911 por Cabaut y Cía. Editores bajo el título *Notas de viaje por América del Sur. Argentina-Uruguay-Brasil*.

En el prefacio del libro, Clemenceau constata que no había tomado notas durante su estadía en ninguno de los países visitados porque le resultaba; “muy enojoso consignar impresiones en negro sobre blanco –siempre por una manifestación de impotencia– en el momento preciso en el que se sienten más vivamente” (Clemenceau, 1986 [1911c]: 19). Sin embargo, las notas están escritas como si

fueran un diario contemporáneo a la visita. Este hecho queda claro desde que narra la travesía, pero sobre todo cuando cuenta los por menores de su llegada al puerto de Buenos Aires y señala, luego de describir una acogida calurosa: “ya estoy en la República Argentina y es el momento de abrir los ojos” (Clemenceau, 1986 [1911]: 26).

Parecía correrse el telón para el observador de dinámicas y gentes del país. La perspectiva que Clemenceau adopta es la de quien describe. Afirma que su perspectiva no es la del descubridor, ni de la del explorador. Destaca, en este sentido: “felizmente gozo de la gran ventaja de no haber descubierto nada” (Clemenceau, 1986 [1911]: 8). De hecho, las miradas generales que proyecta sobre la Argentina y las ciudades que recorrió se inscriben en una galería de observaciones sobre el paisaje, la arquitectura y los distintos tipos sociales bastante reiterada en el registro de este tipo de visita (García de D’Agostino, 1981; Bidinost, 2013).

Las páginas de Clemenceau parecen, al menos en parte, haber estado inspiradas por los acentos que había sugerido contemporáneamente Jules Huret en *De Buenos Aires al Gran Chaco* (Ferrerías, 2002). Por su parte, la descripción de los eventos que tuvieron lugar durante 1910, como el Congreso Panamericano, la Exposición de Bellas Artes y las visitas a estancias y penitenciarías, sus impresiones sobre la pampa y el río, la descripción de las actividades comerciales del puerto, su perspectiva sobre las comunidades inmigrantes y las manifestaciones sociales de descontento, guardan un tono en el que no se destacan sobresaltos o alarmas frente a la realidad observada. Clemenceau se sirve, como parámetros de comparación, de las realidades de Estados Unidos para pensar algunos paisajes y formas sociales argentinas; y, obviamente, de Europa como parámetro de medición general.

Su idea previa respecto de un progreso que asustaba y asombraba parece haberse moderado luego de conocer la ciudad de Buenos Aires. Las notas dan cuenta de una sociedad en transición, donde conviven realidades arcaicas y procesos nuevos (Lorenz, 1997 y 1998), pero es difícil encontrar observaciones que trasciendan lo anecdótico o descriptivo (Herrera, 2009). No por ello se ve en Clemenceau a un cronista satisfecho por lo que escribe. De alguna manera, lamenta ser un viajero del siglo XX. Añora la suerte de los antiguos exploradores, que podían dar rienda suelta a su imaginación (Clemenceau, 1986 [1911]: 8). Se deja entrever en su relato nostalgia por la carencia de originalidad:

Lo que facilitó la tarea de Cristóbal Colón es que América estaba allí, inmóvil en el medio del mar, esperando que alguno se tomase la pena de topar con ella al paso [...] Hecho el mayor trabajo, ¿que iba yo a descubrir a mi vez, a riesgo de encontrarme yo mismo descubierto?; ¿comarcas desconocidas?; ¿pueblos inéditos?; ¿civilizaciones vírgenes?; ¿o simplemente puntos de comparación para juicios sobre mí mismo y mi país? (Clemenceau, 1986 [1911]: 7)

Las repercusiones de la publicación del texto en diferentes idiomas fueron inmediatas. En carta a Groussac, Clemenceau le había solicitado indulgencia cuando leyera. Sin embargo, Groussac no tuvo un tono complaciente al escribir una reseña en una revista francesa. Apuntaba varios puntos débiles del texto y los atribuía, por ejemplo, a la brevedad de la estadía de Clemenceau. La imposibilidad de haber permanecido por un tiempo, había imposibilitado al autor de las *Notas* de ofrecer observaciones sociológicas e históricas fundadas en análisis minuciosos sobre las condiciones étnicas y la psicología de los países visitados. De este modo, Clemenceau no había podido trascender la observación superficial de un viajero y un observador circunstancial. Además de señalar errores cometidos por su compatriota (que reforzaban la idea de la superficialidad y la falta de conocimiento), Groussac criticaba las ideas sobre la “argentinización” que había esbozado Clemenceau. Señalaba que el hecho de que la Argentina recibiera constantemente inmigración hacía que la efervescencia de la nación impidiera observar con detalles fenómenos como esa “argentinización” que Clemenceau definía en los siguientes términos:

Mientras que el aspecto de las calles de Buenos Aires es verdaderamente europeo, tanto por la disposición y la fisonomía de todas las cosas cuanto por la dominación de nuestras modas y la expresión de las caras, todo este mundo es argentino hasta médula de los huesos, exclusivamente argentino [...] lo picante de Buenos Aires es presentarnos, bajo velos de Europa, un argentinismo desatinado. Y lo más curioso quizá es que este patriotismo intratable, que con gusto se atestigua en tantos pueblos que no quiero nombrar, toma aquí aires tan amables, tan cándidos me atreveré a decir, que nos dejamos arrastrar bien pronto por el deseo de verlo justificarse. No contentos de ser argentinos de pies a cabeza, si se dejara hacer a estos diablos de

gentes, nos *argentinarían* en un abrir y cerrar de ojos.  
(Clemenceau, 1986 [1911]: 53-55)

Groussac consideraba que estos juicios eran exagerados y faltos de argumentos sólidos. Pese a ello, reconocía en su compatriota cierta habilidad para trascender –aunque levemente– a las impresiones de un turista. Esto habilitaba la convivencia de observaciones espontáneas con reflexiones profundas sobre la nación argentina (Groussac, 1911: 621-627); aunque el calificativo de “profundas” no operaba en la prosa groussaquiana como sinónimo de argumentadas (Bruno, 2005).

Si Groussac había sido un comentarista poco elogioso en la *Revue politique et littéraire/Revue Blue*, el breve comentario –acompañado por una extensa transcripción de fragmentos en un momento inmediatamente previo a la publicación del libro– dedicado a la versión en inglés del texto publicado en *The New York Times* era altamente positivo: describía al libro como la narración de un verdadero viaje de descubrimiento de los países sudamericanos (*The New York Times*, 29 de enero de 1911).

Como destaca un célebre biógrafo de Clemenceau, paradójicamente, su libro sobre los países visitados en su viaje de 1910 se encarga de dejar registro de paisajes, ciudades, y gentes, pero no se refiere en absoluto a su experiencia como conferencista ni al contenido de sus disertaciones (Duroselle, 1988: 554). Solamente después de la muerte del “orador del Odeón”, en 1930, se publicó el libro: *Sur la démocratie (neuf conférences rapportées par M. Ségard)*. Las conferencias fueron sistematizadas por Maurice Ségard, caracterizado en 1910 como un “joven interno de hospitales de París” que había acompañado a Clemenceau en sus viajes (*ED*, 29 y 30 de julio de 1910). Junto con Clerf, el secretario privado de Clemenceau, Ségard se encargaba de acompañar al visitante y de tomar nota de sus intervenciones. La sistematización de las conferencias, por tanto, no pertenece al propio Clemenceau, sino que se trata de transcripciones que fueron ordenadas con los títulos: “La démocratie en général”, “La démocratie dans l’Antiquité”, “La démocratie et le Parlement”, “Les rapports Parlement-gouvernement”, “La démocratie sociale”, “La démocratie, la guerre et la paix”, “Les rapports de l’Eglise et de l’État dans une démocratie”, “Conclusions d’un visiteur sur l’Argentine (conférence demandée en supplément par les Argentins)”, “Démocratie et éducation (à Sao Paulo)”. El tono de estos

escritos es sumamente general y, como señalan diversos biógrafos de Clemenceau, se basan en observaciones panorámicas y alocuciones improvisadas que ya había escrito o pronunciado ante distintos auditorios (Duroselle, 1988: 561-562; Minart, 2005).

## **Balance**

Gracias a la publicación de las conferencias realizada por Maurice Ségard queda revelada una información difícil de conocer a través de las fuentes contemporáneas a la visita. El libro que contiene las disertaciones explica, quizá en parte, ciertas ambigüedades y desilusiones del auditorio del Teatro Odeón. Deja, en cambio, sin explicar el entusiasmo generado en un entorno un poco más amplio que el de la comunidad francesa, el periodismo y contados hombres públicos: el sintetizado en los objetos del “musée argentin”.

La visita de Clemenceau se desplegó en un terreno un tanto gris en relación con los hombres de la política. Si bien no fue invitado y no fue recibido de manera oficial, una vez en Buenos Aires se lo reconoció como una figura política de talla. Banquete en el senado y entrevista con el presidente así lo constatan. De todas formas, estas demostraciones fueron moderadas y no se tradujeron en un trato especial para el visitante. Quizá para las autoridades nacionales, la trayectoria de Clemenceau estaba aún connotada por su pasado en el socialismo francés. Paradójicamente, otras protagonistas de la política local, como los líderes socialistas, por ejemplo, no se acercaron al visitante. Clemenceau y Ferri –también un visitante extranjero– tuvieron un intercambio, pero parece haber sido más bien en términos de cortesía. Puede que, junto con los socialistas, otros hombres públicos relevantes, como los representantes del “liberalismo reformista” (Zimmermann, 1995), no vieran en Clemenceau un personaje respetable –como sí consideraron a Jaurès–,<sup>1</sup> por sus decisiones de carácter represivo mientras había sido presidente del consejo de ministros. De este modo, por el momento político en que llegó a Buenos Aires, Clemenceau parecía estar tensionado entre varios mundos de referencias y puede que este hecho haya generado confusiones o dudas en distintos sectores a la hora de considerarlo una figura “apropiable”.

1. Ver el capítulo de Carlos Miguel Herrera.

Puede aventurarse que la relevancia de la visita tuvo que ver con factores que trascienden al evento mismo. Entre ellos se pueden enumerar los siguientes: el libro *Notas de viaje por América del Sur* ha sido utilizado por varias generaciones como una fuente valiosa para obtener información sobre la vida social, política y económica de la Argentina en su ilustre año del Centenario. Quizá, por su parte, la visibilidad que asumió la figura de Clemenceau años después de la visita, en el contexto de la Primera Guerra Mundial (Lecomte, 1918; Hyndman, 1919), renovó el peso de su nombre y generó un interés retrospectivo por su estancia en Buenos Aires. Por otro lado, efectos más concretos de la estadía, como la promulgación de la ley de propiedad intelectual, permiten pensar que su paso por Argentina tuvo repercusiones constatables y que colaboró a modificar algunas prácticas de la vida cultural argentina.

En suma, el evento de la visita generó altos niveles de expectativas en el momento previo a la llegada de Clemenceau, aunque las mismas no se tradujeron en novedades respecto de otros visitantes extranjeros. Las conferencias, por su parte, parecen haber tenido un éxito considerable como espectáculo; pero un peso relativo por el efecto de sus contenidos. Sin embargo, ciertas dinámicas desatadas por la presencia de Clemenceau tuvieron potencialidad para cambiar las formas de considerar la propiedad artística e intelectual —simpácticamente, el origen de su preocupación por la legislación fue un combate personal—. El libro *Notas de viaje por América del Sur*, por su parte, aunque fruto indirecto de la estadía, corrió una suerte que parece trascender a la de la visita: se convirtió en un testimonio de primera mano del clima del Centenario y de las dinámicas de un país que pretendía mostrarse a sí mismo como una nación madura y consolidada frente a los visitantes internacionales (Devoto, 2010).

## Fuentes

Archivo General de la Nación, *Fondo Paul Groussac*

*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*

*Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*

*Guía-Programa de los Festejos Oficiales del Centenario, 1810-1910*, Buenos Aires, Talleres Heliográficos de Ortega y Radaelli, 1910.

*Caras y Caretas*

*El Diario*

*La Nación*

*L'Illustration* (París)

*La Vanguardia* (Barcelona)

*Revue politique et littéraire/Revue Blue*

*The New York Times*

CLEMENCEAU, G. (1911a), *Notes de voyage dans l'Amérique du sud: Argentine, Uruguay, Brésil*, París. Hachette.

– (1911b), *South America Today. A study of conditions, social, political and commercial in Argentina, Uruguay and Brazil*, Nueva York-Londres, G.P. Puntmans's sons.

– (1911c), *Notas de viaje por América del Sur. Argentina-Uruguay-Brasil*

– (1986, [1911]), *Notas de viaje por América del Sur*, Buenos Aires, Hyspamerica.

– (1930), *Sur la démocratie (neuf conférences rapportées par M. Ségard)*, París, Larousse.

GROSSAC, P., “M. Clemenceau et La République Argentine”, *Revue politique et littéraire / Revue Blue*, 49<sup>e</sup> année, 2<sup>e</sup> semestre, du 1<sup>er</sup> juillet au 31 décembre 1911, París, pp. 621-627.

HURET, J. (1986 [1911]), *De Buenos Aires al Gran Chaco (1911)*, Buenos Aires, Hyspamérica.

## **Bibliografía**

BELLIDO, J. (2009), “Latin American and Spanish Copyright Relations (1880-1904)”, *The Journal of World Intellectual Property*, vol. 12, N° 1, enero, pp. 1-39.

BIDINOST, M. (2013), *La ville comme paysage du sentiment: Le sentiment urbain à Buenos Aires aux XIX<sup>e</sup> et XX<sup>e</sup> siècles*, París, L'Harmattan.

BLANCPAIN, J.P. (2011), *Les européens en Argentine: Immigration de masse et destins individuels (1850-1950)*, París, L'Harmattan.

BRUNO, P. (2005), *Paul Groussac. Un estratega intelectual*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

CHAUSSINAND-NOGARET, G. (1991), *Histoire des elites en France du XVI<sup>e</sup> au XX<sup>e</sup> siècle: l'honneur, le mérite, l'argent*, París, Tallandier.

- CRAMAUSSEL, Ch. y GONZÁLEZ, D. (eds) (2007), *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*, 2 vols., Michoacán, El Colegio de Michoacán.
- DAUDET, L. (1940), *Clemenceau: A Stormy Life*, Londres, W. Hodge and Company.
- DE FAGOAGA, I. (1971), *El teatro por dentro*, Bilbao, Editorial La Gran Enciclopedia Vasca.
- DE VEDIA, J. 1994 [1922], *Como los vi yo*, Buenos Aires, AZ.
- DEVOTO, F. (2010), *El país del primer Centenario. Cuando todo parecía posible*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- DOUGHERTY, D. (1983), *Un Valle-Inclán olvidado. Entrevistas y conferencias*, Madrid, Fundamentos.
- DUROSELLE, J.B. (1988), *Clemenceau*, París, Fayard.
- ECHAGÜE, J. P. (1935), *De historia y letras. Páginas coadunadas*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos Rosso.
- FERRERAS, N. (2002), “Entre invités et intrus: Buenos Aires vue par les voyageurs et les immigrants lors du centenaire de l’Indépendance”, en M. Bertrand y L. Vidal (dirs.), *À la redécouverte des Amériques. Les voyageurs européens au siècle des indépendances*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, pp. 195-206.
- GÁLVEZ, M. (1961), *Recuerdos de la vida literaria. Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Hachette.
- GARCÍA DE D’AGOSTINO, O. (1981), *Imagen de Buenos Aires a través de los viajeros, 1870-1910*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- HYNDMAN, H. (1919), *Clemenceau, the man and his time*, Nueva York, Frederick A. Stokes Company.
- HERRERA, C. (2009), “Jaurès en la Argentina - La Argentina de Jaurès”, *Estudios sociales*, N° 37, pp. 9-35.
- LECOMTE, G. (1918), *Clemenceau*, París, Eugène Fasquelle.
- LORENZ, F. (1997), “Clemenceau, el crítico complaciente”, *Todo es Historia*, vol. 31, N° 362, septiembre, pp. 91-93.
- (1998), “El centenario: los disconformes”, *Todo es Historia*, vol. 32, N° 371, junio, pp. 46-47.
- MINART, G. (2005), *Clémenceau journaliste: 1841-1929, les combats d’un républicain pour la liberté et la justice*, París, L’Harmattan.
- PELOSI, H. (1999), *Argentinos en Francia, franceses en Argentina*, Buenos Aires, Ciudad Argentina.



- SOIZA REILLY, J.J. (1929), “Georges Clemenceau. Dos horas en la jaula del «Tigre». El glorioso señor de la Victoria”, *Caras y Caretas*, 15 de junio de 1929, pp. 4-11.
- SURIANO, J. (2010), “Los festejos del primer centenario de la Revolución de Mayo y la exclusión del movimiento obrero”, *Revista de Trabajo. Nueva Época*, N° 8, 2010, pp. 19-28.
- ZIMMERMANN, E. (1995), *Los liberales reformistas*, Buenos Aires, Sudamericana.